

LA PESADEZ DE LOS RECUERDOS. SOBRE LA EMIGRACIÓN JUDÍA EN JOSEPH ROTH Y W.G. SEBALD

Salaris Banegas, Francisco
Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC
Córdoba, Argentina
franciscosalaris@gmail.com

Introducción

El motivo de la emigración judía es constante en muchos escritores centroeuropeos del siglo XX, cualquiera sea la lengua en la que escriban. Los grandes cambios que se produjeron con el desmembramiento del Imperio Austrohúngaro luego de la Primera Guerra Mundial supusieron una reconfiguración en el panorama geopolítico, que se acentuó con los movimientos migratorios de principios de siglo, llevados al extremo de la deshumanidad durante el nacionalsocialismo. El traslado geográfico, la puesta en discusión de conceptos como nación y patria y el entrecruzamiento e hibridez de tradiciones culturales son algunas de las consecuencias que empiezan a ser nucleares en el nuevo sistema literario. Muchos de los escritores que renuevan la literatura europea, de hecho, surgen de este contexto confuso: para citar solo tres ejemplos, Franz Kafka, Joseph Roth y Elias Canetti. Los tres son judíos y emigrados, de difícil adscripción a tradiciones literarias ya prefijadas. Aunque la emigración aparece también en Kafka -tangencialmente- y en Canetti, en Roth constituye un tema central, profundamente imbricado en la poética del autor y en su concepción del mundo. Su ensayo *Judíos errantes (Juden auf Wanderschaft)*, publicado en 1927, es un texto imprescindible en este ámbito y se proyecta con fuerza y diversidad hacia sus novelas, aparecidas entre 1923 y 1939, año de su muerte. La visión lacerante de Roth sobre la emigración judía no puede entenderse sin explorar su pertenencia al judaísmo oriental (*Ostjudentum*), algo que estudió brillantemente Claudio Magris en su extenso ensayo *Lejos de dónde. Joseph Roth y la tradición hebraico-oriental*. El tradicionalismo y la integridad del *Ostjudentum*, donde prima la ortodoxia jasidista, supone una forma de vida particular, enormemente diferenciada del modernismo occidental y que por esta razón percibe la emigración como un proceso de desintegración identitaria y de nostalgia infinita.

W. G. Sebald, gran lector de Joseph Roth -a quien le ha dedicado algunos ensayos-, convierte también la emigración judía en un tema recurrente de su obra, especialmente en sus novelas *Los emigrados (Die Ausgewanderten)*, 1992) y *Austerlitz* (2001). La experiencia judía está aquí directamente vinculada con la Shoah, por lo que su expresión lingüística circula por las dificultades de representación del horror que caracterizan a buena parte de la literatura de la posguerra. Este trabajo contrapondrá las obras de estos dos autores, distanciadas por más de cincuenta años, bajo tres grandes ejes: emigración y memoria, emigración e historia y emigración y lenguaje.

El hecho de que quienes emigran sean judíos particulariza el problema, porque el judaísmo escamotea las definiciones parciales y se presenta no solo como una religión, sino también como una cultura y una nación -en términos bien amplios, como *Heimat*. Joseph Roth, como todos los judíos jaredistas -en hebreo, “los que tiemblan (ante Dios)”-, rechaza el sionismo justamente por la voluntad de establecer lazos entre la religión y la política, representados por el reclamo de un territorio nacional: el judío exaltado por Roth “no es un judío «nacional», en el sentido europeo occidental. Es un judío de Dios” (Roth, 1131).¹ Los jaredíes reglan su vida exclusivamente de acuerdo a la Ley divina explicitada en la Torá, haciendo caso omiso a reivindicaciones históricas, políticas o geográficas. Esto se expresa, claro está, en una visión negativa del mundo moderno occidental y de aquellos judíos que han sabido integrarse en él. Los procesos migratorios tienen además una proyección muy fuerte en el imaginario judío, vinculada con el éxodo hacia Tierra Santa y con la diáspora,

¹ La traducción es mía. “...ist kein ‘nationaler’ Jude im westeuropäischen Sinne. Er ist Gottes Jude”.

por lo que el viaje puede alcanzar dimensiones míticas. El horror del exilio tuvo también impacto en la teoría de la metempsicosis de la cábala judía: la ausencia de un hogar para el alma es un tormento mucho más doloroso aún que los infiernos (Scholem citado por Blanchot, 2002: 61, n.).

Emigración y memoria

El principal elemento que ocupa la memoria de los emigrados es la *Heimat*, palabra alemana que podría traducirse como *patria* pero que en realidad posee matices afectivos no necesariamente limitados por fronteras geográficas. La cuestión de la pertenencia de los judíos a una patria es compleja, y en *Judíos errantes* Roth lo resume así: “Los judíos orientales no tienen patria en ningún lado, pero sí tumbas en cada cementerio” (2000: 1122).² Lo que se acentúa en esa frase es la imposibilidad de asociar la *Heimat* con un lugar físico específico, pero no la carencia de *Heimat*, algo en lo que Roth hace mucho hincapié cuando dedica largas páginas a la integridad de las comunidades orientales. Recordar la *Heimat*, entonces, es recordar los afectos, las personas y las historias que se han dejado atrás. El encuentro con Occidente es perverso porque supone la inmersión en un mundo nuevo que, en su alocado ritmo fáustico, impone como consigna dejar de lado el pasado y vivir anhelando el futuro. La emigración solo es disculpada cuando el judío oriental, despojado forzosamente de su *Heimat*, conserva su acervo tradicional bajo la forma de la no-integración en el mundo moderno y del resguardo nostálgico en los pliegues de su memoria. Como apunta Schwarz (1975: 143), los judíos orientales están para Roth mucho muy cerca de los orígenes primitivos, y esto es un sello positivo de tradición frente a la impostura occidental. Este esquema, que Schwarz define como la vivencia primigenia de Roth (*Roths Uverlebnis*), aparece con fuerza en la novela *Job: Mendel Singer, emigrado a América*, se subsume cada vez más en la soledad y en el aislamiento que le provoca la nostalgia de su patria. Las costumbres precarias y elementales chocan con el virtuosismo americano, de manera que Mendel vive el alejamiento de la *Heimat* como una herida lacerante que solo parece aliviarse cuando la gracia divina le devuelva a su hijo inválido, único sobreviviente de su familia.

La importancia de la *Heimat* como equipaje de viaje en la tradición judeo-oriental aparece también en un hermoso paisaje del capítulo quinto de la primera parte de *Job: Schemarjah*, hijo de Mendel, comienza su emigración acompañado por un mensajero que le va mencionando los nombres de las iglesias, montañas y aldeas de su zona, “como si se hubiera propuesto enseñarle a Schemarjah su patria por última vez antes de que el joven partiera en busca de una nueva. Y fue sembrando para siempre la nostalgia en el corazón de Schemarjah” (Roth, 1981: 60).³ El amor a la *Heimat* se inocula mediante el dolor, algo que se pierde en la traducción al español: la palabra *Heimweh*, que en la cita traducida aparece como nostalgia, en realidad implica una sensación dolorosa de anhelo por la patria.

Las emigraciones judías que presenta Sebald están por lo general vinculadas con el genocidio nazi, incluso aquellas que se producen durante las grandes olas migratorias de principios de siglo. El Holocausto, como escribe Gunther (2006), es para Sebald el punto ciego del mundo, un acontecimiento que tiñe sombríamente incluso la historia anterior y que obliga a repensar todo nuestro pasado. Las relaciones con la memoria son necesariamente más complejas que en Roth porque aquí el afecto hacia la patria aparece matizado por las condiciones traumáticas que precipitaron el exilio. La apropiación memorística del trauma acumuló en las últimas décadas una enorme bibliografía que circula por áreas muy diversas (desde la historiografía al psicoanálisis, con pensadores como Dominick LaCapra, Hayden White, Eric Santner, etc.), y en todo caso se plantea como un tema de difícil resolución y enorme importancia. Aunque la capacidad de evocación recordatoria tiene que ver, en general, con la intensidad de la experiencia, la

² La traducción es mía. “Die Ostjuden haben nirgends eine Heimat, aber Gräber auf jedem Friedhof”.

³ “Es war, als wollte er Schemarjah noch schnell mit der Heimat vertraut machen, ehe der junge Mann auszog, eine neue zu suchen. Er säte das Heimweh fürs ganze Leben in das Herz Schemarjah” (Roth, 2000: 243).

relación no es unidireccional: el trauma esquiva la memoria lúcida y se ancla en una repetición compulsiva que rompe los límites del recuerdo. No es recuerdo ni olvido, sino una entidad-otra en donde las situaciones fuertes son un abismo que devora a los personajes. Numerosos pasajes de los libros de Sebald pueden leerse como representaciones de ese punto ciego del trauma, como la crisis lingüística de Austerlitz o la parálisis que sufre Max Ferber en *Los emigrados*: “En aquel momento sólo supe que no podía moverme una sola fracción de centímetro más, que mi vida estaba reducida a ese punto único, del dolor más extremo, sin posibilidad de expansión” (Sebald, 1996: 175).⁴

La desregulación que el trauma provoca en la memoria hace que el principal síntoma de los personajes de Sebald sea la melancolía. Si en Roth los emigrados sentían nostalgia porque el objeto de su remembranza era identificable (la *Heimat* y sus tradiciones), en Sebald la experiencia traumática difumina los contornos de los recuerdos y por lo tanto el individuo se convierte en melancólico sin poder establecer con precisión la causa.⁵ La melancolía, además, es un síntoma individual, mientras que la nostalgia puede corresponder a elementos socialmente consensuados, como suele ocurrir en el caso de Roth. Hay un pasaje de *Judíos errantes* que Sebald parafrasea e incluye en *Los emigrados*: el narrador cuenta que un judío de Drohobycz llamado Frohmann recorre todos los guetos mostrando una miniatura del Templo de Salomón, construida según las descripciones bíblicas. La miscelánea termina así: “Vi a un viejo judío de pie ante el templo de miniatura. Se parecía a sus hermanos que están de pie, lloran y rezan ante el único y sagrado muro que queda del templo destruido en Jerusalén” (2000: 1152).⁶

Emigración e historia

En *Lejos de dónde*, Magris escribe lo siguiente:

Si Kafka, a propósito del sionismo, señalaba que los israelitas querían una patria en el espacio, en lugar de su verdadera patria en la diáspora del tiempo, quizá sea más exacto señalar que la patria de los judíos de la diáspora consiste en una condición fuera del tiempo. Desde la destrucción del Templo el pueblo de Israel ha vivido no en el devenir sino en un libro, en la palabra y en la escritura, en la Torah considerada preexistente a la creación. (2004: 165)

Como no podía ser de otra forma, esta relación compleja entre el judaísmo y la historia aparece también en las obras de Roth y de Sebald. No se trata solo de la negación de la historia como un *continuum* que tiende al progreso -algo que en realidad se percibe con desencanto en la mayoría de los escritores del siglo XX-, sino incluso de la negación de la historia en tanto devenir temporal. En la concepción rothiana del mundo, la historia es un punto fijo cuyo eje está en el *shtetl* (es decir, en la pequeña ciudad judeo-oriental). El ritmo de Occidente es ajeno para Roth, marca el pulso de un mundo que no es el suyo y en todo caso solo lo afecta como un factor de desintegración. A esto se refiere la conocida cita de “El busto del emperador”, en donde la glorificación del Imperio Austrohúngaro como reactualización mítica y simbólica de los valores estáticos del *shtetl* alcanza quizá su punto más alto: “Como todo austríaco de aquel tiempo, Morstin amaba lo permanente dentro de la incesante transformación, lo usual dentro del cambio y lo conocido dentro de lo inusual” (Roth, 2000: 1052).⁷ Esta voluntad de identificación entre el Imperio y el *shtetl* es quizá un intento por romper el antihistoricismo, una apuesta de confianza que se revelará ilusoria hacia el final de su carrera.

⁴ “Ich wußte zu jenem Zeitpunkt nur, daß ich mich keinen Zentimeterbruchteil mehr weiterbewegen durfte, daß mein Leben reduziert war auf diesen einzigen, ausdehnungslosen Punkt des äußersten Schmerzes” (Sebald, 2001: 254).

⁵ Tras esta diferenciación se esconde el esquema freudiano de duelo y melancolía.

⁶ La traducción es mía. “Ich habe einen alten Juden vor dem Miniaturtempel stehen gesehen. Er glich seinen Brüdern, die an der einzig übriggebliebenen, heiligen Mauer des zerstörten Tempels in Jerusalem stehen, weinen und beten”.

⁷ La traducción es mía. “Wie jeder Österreicher jener Zeit liebte Morstin das Bleibende im unaufhörlich Wandelbaren, das Gewohnte im Wechsel und das Vertraute inmitten des Ungewohnten”.

El antihistoricismo de Sebald encuentra su símbolo en el ángel de la historia de Walter Benjamin, que mira al pasado como una única y enorme catástrofe y que pronto es arrastrado por el torbellino del progreso. En la fijeza de esa mirada hacia el pasado están anclados los emigrados de Sebald, profundamente anacrónicos en un mundo que se los ha llevado por delante. El presente en el que viven -que es también el presente del narrador- es una suerte de escenario postapocalíptico, creado a partir de la percepción melancólica y donde abundan las calles vacías, las fábricas abandonadas y las casas a medio derruir.

Un reloj me ha parecido siempre algo esencialmente falaz -dice el brillante Austerlitz-, quizá porque, por un impulso interior que nunca he comprendido, me he opuesto siempre al poder del tiempo, excluyéndome de la llamada actualidad, con la esperanza, como hoy pienso, [...] de que el tiempo no pasara, no haya pasado. (Sebald, 2002: 104).

El anacronismo se percibe también en el estilo literario de Sebald, que recupera la prosa sobria y descriptiva del realismo decimonónico (especialmente de Keller y de Stifter) y la entremezcla con imágenes antiguas y poco nítidas. Sus libros parecen venir de un pasado polvoriento, son como diarios íntimos encontrados en un cajón décadas después de la muerte de su dueño.

También la emigración -es decir, el acontecimiento más vívido, más lacerante- parece encontrarse fuera del tiempo, tanto en Roth como en Sebald. El viaje es metahistórico porque se vincula con el peregrinaje del Éxodo y con el destierro del pueblo judío. Así ocurre con la travesía de Ambros Adelwarth desde Estambul a Jerusalén, aunque el destino final adquiere características siniestras, típicas de las atmósferas de Sebald: revirtiendo el mito, Adelwarth anota en su diario, en francés: “*On dirait que c’est la terre maudite*” (1996: 146).

Emigración y lenguaje

Job marca un punto de inflexión en el estilo literario de Roth, que había conocido anteriormente una etapa mucho más experimentalista, escéptica ante las posibilidades que tiene la literatura de captar un todo más o menos orgánico. Con fuertes características de la *Neue Sachlichkeit*, *Job* asume la voluntad de contar la historia de una vida (la de Mendel Singer) con una prosa clara y muy apegada a la realidad. Las polémicas en torno a la representación del lenguaje, que habían dominado las primeras décadas del siglo, se habían apagado considerablemente, aunque la disolución del Imperio supuso para Roth y para otros escritores la conciencia clara de la desintegración, de la fragmentación de las unidades. La experiencia de la modernidad aparece con fuerza como un elemento de esa disolución, y es por eso que las obras de Roth tienen un tono elegíaco -que alcanza una cima con *La marcha Radetzky*, publicada en 1932-, como si fueran el réquiem de despedida de un mundo más íntegro y ordenado.

Las obras de Sebald parecen situarse en las ruinas de esa desintegración que creía ver Roth, y de allí que la prosa deba ser recompuesta a partir de la técnica del montaje y de la recuperación de tradiciones literarias anteriores. Los debates sobre la representación, además, han renacido con los horrores del siglo XX, y ahora la ética aparece como una dimensión a considerar cuando se habla de las relaciones entre realidad y lenguaje. Sebald se hace cargo de todo esto y rechaza las formas estetizantes del *contar*, proponiendo al documental como la forma más apropiada en la nueva literatura alemana. Por supuesto que la propia obra de Sebald conspira contra esta idea, aunque es cierto que extrema las condiciones de verosimilitud mediante el estilo híbrido y la inclusión de fotografías. En cualquier caso, el lenguaje se convierte en un campo de lucha a la hora de representar el horror y de cuidar el respeto por el dolor de las víctimas: el trauma, ese agujero negro de la memoria, no se nombra de manera directa sino que se bordea permanentemente y se alude mediante los síntomas del melancólico. Sebald -al igual que otros escritores de la posguerra, como Bernhard, Handke o Jelinek- reavivan la crisis del lenguaje de principios del siglo XX pero con el tamiz de las experiencias traumáticas de la Shoah: si antes la mera realidad tenía una textura demasiado densa como para ser representada orgánicamente por

el lenguaje, ahora los actos más supremos del dolor y la barbarie ponen la vara mucho más alta.

Conclusión

Los tres ejes bajo los cuales se consideró la emigración -memoria, historia y lenguaje- están por supuesto indisolublemente conectados. La emigración, al producir un desplazamiento en el individuo, pondera a la memoria como elemento indispensable de supervivencia: puede decirse, de hecho, que los emigrados de Roth -los verdaderos *Ostjuden* que no se integran al mundo occidental- y los de Sebald son pura memoria, viven solo en sus recuerdos. Esta fijación en la memoria implica la negación del futuro como posibilidad, por lo que la historia es apenas un punto fijo que se acaba en el momento de producirse el trauma. El lenguaje aparece como un elemento central porque es la herramienta de transmisión de la memoria, el molde a través del cual se representa la experiencia dolorosa. Por supuesto que las enormes diferencias entre memoria y lenguaje -así como las diferencias entre realidad pasada y memoria- se perciben con distinto tono en cada escritor, pero nunca dejan de latir como un problema a considerar.

La distancia temporal entre los dos autores trabajados permite evaluar algunos cambios en las concepciones de memoria. El hecho de que en Roth prepondera una memoria de corte más colectivo y social, asociada a la comunidad jasidista de Centroeuropa, no debería sorprender en tanto la preocupación central de Roth era la desintegración de la tradición ante las oleadas migratorias de principios de siglo, propiciadas fundamentalmente por la seductora fachada de un universo cada vez más capitalista. Con el Holocausto, el exilio adquiere proporciones mucho más drásticas y la memoria se hace lacerantemente individual: la pérdida de la tradición se convierte en un elemento nimio ante la barbarie del genocidio. Este es el momento que capta Sebald, y por eso su reflexión sobre el lenguaje es, quizá, mucho más atormentada. La Shoah, bajo esta perspectiva, supone una desintegración de la memoria social y por lo tanto de la posibilidad de integrarse a una comunidad cualquiera, por más que esta exista solo en el imaginario judío. Los emigrados de Sebald recorren Europa y América como verdaderos exiliados del mundo, una categoría que se hace cada vez más acuciante en nuestros días. La espectralidad que los rodea como un aura es un síntoma de esta extranjería, y los agobia tanto como el peso de sus recuerdos. El último apunte en el diario e Ambros Adelwarth dice así:

El recuerdo [...] me parece a menudo una especie de tontería. Da pesadez a la cabeza, la marea, como si no se mirase hacia atrás entre las hileras del tiempo sino desde una gran altura hacia la tierra, hacia abajo, desde una de esas torres que se pierden en el cielo. (Sebald, 1996: 150).⁸

Referencias bibliográficas

- Blanchot, Maurice. (2002). *El espacio literario*. Madrid: Editora Nacional.
- Gunther, Stefan. (2006). “The Holocaust as the still point of the world in W. G. Sebald’s *The Emigrants*”. En *W. G. Sebald: memory, history, trauma*. Berlín: De Gruyter, pp. 279-291.
- Magris, Claudio. (2004). *Lejos de dónde. Joseph Roth y la tradición hebraico-oriental*. Navarra: Eunsa.
- Roth, Joseph. (1981). *Job*. Barcelona: Bruguera.
- Roth, Joseph. (2000). *Romane und Erzählungen*. Frankfurt am Main: Dörfner.
- Schwarz, Egon. (1975). “Joseph Roth und die österreichische Literatur”. En *Joseph Roth und die Tradition*. Darmstadt: Agora, pp. 131-153.
- Sebald, W. G. (1996). *Los emigrados*. Madrid: Debate.
- Sebald, W. G. (2001). *Die Ausgewanderten*. Frankfurt am Main: Eichborn.
- Sebald, W. G. (2002). *Austerlitz*. Barcelona: Anagrama.

⁸ “Die Erinnerung [...] kommt mir oft vor wie eine Art von Dummheit. Sie macht einen schweren, schwindligen Kopf, als blickte man nicht zurück durch die Fluchten der Zeit, sondern aus großer Höhe auf die Erde hinab von einem jener Türme, die sich im Himmel verlieren” (Sebald, 2001: 215).